

Otra de sus obras, la *Historia de Italia* (1855), fue traducida al inglés como su *Historia eclesiástica*, ampliamente utilizada y recomendada. Pero lo más interesante es que Don Bosco escribe (1849) una *Introducción al Sistema Métrico* —con intención académico-moralizante—, que fue todo un éxito hasta el punto de ser re-editada en 1851, 1855 y 1875.

Obra extraordinaria; llena de tópicos y sendas. Excelente esfuerzo y logro en que se sintetizan armónicamente una visión realista de la vida y obra de Don Bosco y su auténtica motivación religiosa.

Sólo hecho de menos, como útil herramienta de investigación y docencia, un índice analítico de temas y autores.

WILLIAM RODRÍGUEZ CAMPOS

A. MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO, *San Rafael Arnáiz Barón —vida y mensaje del hermano Rafael—*, Madrid: Edibesa, 2009.

Los escritos y Obras Completas del Hermano Rafael ya son conocidas. Pero faltaba una biografía completa, crítica y actualizada del ya San Rafael. Es esto lo que ha hecho —de manera extraordinaria— el maestro de Novicios de la Trapa de San Isidro de Dueñas, padre Antonio María Martín. El padre Antonio es un profundo conocedor de la vida y obra de este santo de nuestro siglo.

Es una obra —bellamente editada e ilustrada— en que se cuenta, documentadamente, la corta vida del joven burgalés (1911-1938), estudiante de arquitectura en Madrid, que dejó las comodidades de su hogar para hacerse monje y entregar su vida a Dios en el amor a la Cruz.

Corta vida, pero intensa humana y espiritualmente. La biografía inicia con el nacimiento de San Rafael (9 de abril de 1911), en la turbulenta España de inicios del pasado siglo, en el seno de una familia católica de clase alta: los condes de Maqueda. Bautizado el 21 de abril en la iglesia de santa Águeda, recibe dos años después el sacramento de la confirmación, y a los ocho años de edad, el 25 de octubre de 1919, hizo su primera comunión en la Iglesia de las monjas de la Visitación.

Crece en una atmósfera y una cultura religiosas. Dos de sus hermanos —de hecho— se hacen religiosos. En casa aprende a leer, a rezar, música y francés. En octubre de 1920, con 9 años, fue matriculado como alumno externo en el Colegio de la Merced, de los jesuitas, donde se alistó como Congregante de María Inmaculada. Enferma gravemente de pleuresía —la enfermedad que acabaría con Domingo Savio— y sana. Por eso, a finales del verano de 1921, el padre de Rafael se fue con él a Zaragoza para ofrecérselo a la Virgen del Pilar en acción de gracias.

A partir de 1922 se traslada a Oviedo. Prosigue sus estudios en el colegio de San Ignacio, en el curso académico 1922-1923, con doce años de edad. Su clara inclinación religiosa ya era palpable en este tiempo. En el colegio llegaba siempre a Misa y comulgaba a diario. Se dedica a la pintura y al violín.

Al terminar el bachillerato con 18 años —en 1929— se produce un episodio trascendental en su vida y evolución espiritual: va a pasar unos días en una propiedad familiar cerca de Ávila y toma contacto con la espiritualidad monástica. El 21 de septiembre visita la Trapa de San Isidro.

Vuelve a Oviedo e inicia sus estudios universitarios en Madrid. En Oviedo se inscribe, en febrero de 1931, en la Adoración Nocturna y en el Apostolado de la oración, con el fin de intensificar su vida espiritual.

El verano de 1931 —como ya lo había proyectado— va a visitar a sus tíos y primos a Ávila y hace una segunda visita a San Isidro de Dueñas, donde esta vez permaneció ocho días.

En 1932 finaliza exitosamente sus exámenes de fin de curso en Madrid, y el 17 de junio vuelve a la Trapa para hacer sus ejercicios espirituales. En esta época decide hacerse monje trapense. De enero a julio de 1933 cumple su servicio militar obligatorio sin dejar de lado la disciplina religiosa del Rosario, el estudio, la oración y la Misa matutina.

El 19 de noviembre de este año escribe al abad de San Isidro de Dueñas solicitando el ingreso al monasterio. El 15 de enero de 1934 parte al Monasterio con su padre, luego de una corta, pero emotiva despedida familiar. Desprenderse de su familia y de sus afectos le costó mucho a Rafael, quien estaba hecho —en lo oculto— un mar de lágrimas.

En la trapa vive cuatro meses de ensueño. Se trata de una intensa experiencia hecha de oración, duro trabajo manual y renuncia. Ya en el Monasterio se convierte en una joya, un ejemplo para sus hermanos. Entonces aparece la enfermedad: diabetes. El médico aconseja su salida del Monasterio. El 26 de mayo su padre venía por Rafael para llevarlo a Oviedo. La comunidad quedó impactada. El abad permite a Rafael llevarse el hábito religioso para que fuese enterrado con él si moría. Todos salen a despedirlo. Un compañero lo ve, mirando al cielo, hecho todo un mar de lágrimas. Toda la comunidad sale a despedirlo. La prueba que sufría Rafael era —como lo escribió— muy dura. Fue tratado en casa, pero su salud no mejoró. Se le asoma la posibilidad del Oblatado. Rafael espera todo el año 1935. En ese año enferma Mercedes, la hermana de Rafael, y la madre atribuye su curación a la oración e intercesión de Rafael.

El 9 de octubre de 1935, Rafael solicita el ingreso como oblato a San Isidro de Dueñas. Don Félix, su Maestro de Novicios, abriga la posibilidad de ordenarle sacerdote. Luego de las navidades de 1935, Rafael decide informar a su familia su regreso al Monasterio. Allí estará desde el 11 de enero al 26 de septiembre de 1936. ¡Ocho meses y medio sólo interrumpidos por el estallido de la Guerra Civil! El P. Teófilo le permitió a Rafael vestir el hábito religioso y la capa de novicio.

En el Monasterio, Rafael no vive en el Noviciado, sino en la enfermería. Allí tendrá otro chance de purificación: un hermano afectado psíquicamente lo atormentaba con comentarios. Sigue en todo el ritmo del noviciado.

Los escritos de Rafael de esta época son muy ricos y profundos; síntesis de los valores ignacianos y monásticos; contienen una propuesta —similar a la de Santa Teresita— de construir cada quien una Trapa interior donde quiera que se esté.

Esto hace de la espiritualidad de Rafael —en nuestro siglo— un alcanzable proyecto para cristianos de todo estado, como lo ha propuesto San Francisco de Sales.

Pero —lo más destacable— es que esos escritos revelan la intimidad de su alma y la profundidad santa de su relación con Dios.

Entra por tercera vez al monasterio con 25 años en 1930. Solo y sin director espiritual, producto de la guerra, la profunda experiencia de Dios en Rafael le permite crecer y anhelar el cielo vía renunciamiento del mundo. Su salud no mejora. El poco alimento que consume —por descuido del enfermero— agrava la situación. Guarda silencio. Ya casi no logra participar del rezo monacal.

Rafael sale por tercera vez y regresa a la Trapa en 1937. Tiene la certeza que regresa para morir. Ofrece a Dios su vida y su cruz. Reconoce ese sufrimiento como su vocación. Sufre no por su enfermedad, sino como el ciervo que anhela las corrientes de agua. Vive una semana Santa intensa —en 1938— que le transforma definitivamente; perdona la ofensa de un hermano y dedica horas a la oración ante el Santísimo.

Así llega el Domingo de Pascua —17 de abril— el abad le impone la cogulla y el escapulario negro en su despacho. Ya era monje de coro. Rafael había cumplido —hace ocho días— 27 años. Sólo le quedaban 9 días de vida. Tras su sonrisa se ocultaba el sufrimiento.

El 21 de abril de 1938 por la mañana, jueves de pascua, lo visita su padre. Todo parecía estar bien. Rafael parecía feliz. Al día siguiente, Rafael no logra levantarse de la cama. Entra en coma diabético. Delira y sufre.

Así llega el domingo —24— de la octava pascua. Rafael, impulsado por una sed abrasadora, se levanta como pudo de la cama y se dirige al grifo de agua fría. Acerca sus labios al metal, pero se detuvo y no bebió una gota de agua. Presente tuvo la sed de Jesús en la cruz. El lunes, hacia las seis de la madrugada, se le administró la extremaunción. El martes 26 recuperó la conciencia. Hacia las seis de la mañana —asistido por su confesor— murió. Todos estaban convencidos que moría un santo. Allí mismo se obtuvieron las primeras reliquias.

Así finaliza —adicionando unos apéndices— esta excelente obra, escrita con intensidad afectiva y profundidad espiritual.

WILLIAM RODRÍGUEZ CAMPOS

M. COLODRÓN, *Muñecos, metáforas y soluciones. Constelaciones familiares en sesión individual y otros usos terapéuticos*, Bilbao: Ed. Desclee de Brouwer, 2009.

Este libro describe un enfoque de psicoterapia individual que utiliza como base teórica las constelaciones familiares y como herramienta de intervención el trabajo con muñecos. En la primera parte se presenta la metodología de trabajo con muñecos y en la segunda parte se introduce la teoría de las constelaciones familiares y sus aplicaciones en psicoterapia individual utilizando muñecos, anclajes, visualizaciones y frases sanadoras. Se trata de un libro fundamentalmente práctico, en el que a través de viñetas clínicas o de resúmenes de procesos terapéuticos se dan las claves de intervención que luego se explican desde la teoría. Esto hace su lectura especialmente amena y enriquecedora, y una buena herramienta de formación o de generar nuevas posibilidades de intervención para los lectores que realicen inter-